

nista de América, solitario y lejano, la sintió latir a su alrededor y transformar, al pronto, el haz del mundo. Sobrevino el imperio del terror. Ríos de sangre han corrido y se han secado, y sobre el cauce de los grumos negros nueva sangre corre y se seca, todos los días, en todas las regiones del planeta, en todos los rumbos de la aguja de marear. Los bandos disputan la exclusiva valencia de su verdad y sacrifican unos a otros. La crisis más grave de Europa desborda, esta vez, el casco tradicional de la historia y alcanza banda asiática, africana, americana. Luchan las razas, las clases, las fes. Cada credo blande, en la punta de las espadas, consigna que jura defensa de la cultura y la verdad. Y estos ardientes fragmentos de verdad cruzan la noche del duelo como metrallas mortíferas, y erígense en supremo tribunal de la vida y la muerte nuevas Inquisiciones y nuevos autos de fe que inmolan, implacables, a quien disiente una pulgada de la verdad del bando. Surgen remotas razas a disputar su hora en la historia y créanse increíbles idearios racistas insuflados por un hálito mesiánico. Thomas Mann yerra, perseguido por el fanatismo, en tanto Rosenberg pontifica, y la pornocracia de la sangre resucita al viejo Thor como para que nada falte en esta hora en la que se han dado cita todas las vesanias, y en España han caído García Lorca y Maeztu. En América la crisis recrudécese de anarquía, la anarquía de su primordial condición. ¿Quién osa encogerse de hombros y proferir las trágicas palabras del escéptico? ¿Qué es la Verdad? Unamuno acabó asesinado por su lumbré. ¿Qué desvarío el de la pequeña y caprichosa alma, la *ánimula vagula blandula* de la melancólica queja del latino! ¿Y quién obtiene desasirse de la oleada de angustia que por igual aduénase de todos los seres y en cuyo horror se gesta otro avatar del ejercicio humano? ¿Quién, quién? ¿Cuál es el partido de América y cuál la molécula de verdad a la que conviene a su sino adherirse y luchar por ella? ¿Por dónde va el camino de su suerte? ¿Qué dice la clara voz de Alfonso Reyes en esta coyuntura fatal de su ensueño americano? "Tomar partido es lo peor que podemos hacer. Aceptémoslo todo

y tratemos de conciliarlo todo. Aquello en que no haya conciliación será equivocado. ¿Que no hay todavía criterio fijo para proceder a esta síntesis sobrehumana? Es cierto, y por eso la humanidad tiene que vivir en crisis por más de un siglo. Pero ya hay signos de amalgama. Sólo el tiempo logrará juntar los ingredientes sometidos a un fuego que no es dable intensificar". Es propio de los verdaderamente grandes aspirar a la unidad aun en medio del fragor de la parcialidad. Pero ¿es ésta la hora de ensayar síntesis? No lo es, no lo es. Quien mucho madruga no consigue que amanezca más temprano; pero también es cierto que nadie madruga para acelerar el estallido del alba, sino para desasirse del horror de su tiniebla, para salir a airearse en el síntoma fragante de la amanecida, y tal es el drama de los que ven más allá del incidente de su hora. Cien años . . . ¿qué son cien, doscientos años, en el juego milenar de la especie, sino un minuto, una brizna de agitación, de misterio y de anhelo en la eterna jornada de la Creación? El hombre, sin embargo, pertenece a ese minuto y en él padece y se sobrecoge y sueña. "Aquello en que no haya conciliación será equivocado . . ." ¡Luchar y vivir por la síntesis! ¿No es también un partido? Partido de Alfonso Reyes y de Erasmo de Rotterdam.

En tanto, hoy como entonces resuenan los clamores del fanatismo. Tras el odio, la destrucción y la muerte la vida inmortal renuévase. Guerra de clases, guerra de razas, guerra de fes. "Quien no está conmigo está contra mí". Cada verdad dice defender a la cultura, y en el alma de cada uno de los de esta generación espésanse la desesperanza, el horror, la ira y el miedo. El miedo, sí, el miedo que arma el brazo del pusilánime y lo descarga, ciego, sobre su hermano . . . "El miedo al Diablo", dice Nicolás Berdiaeff, el ruso, hablando de esta índole religiosa del fanatismo. "El fanatismo es el miedo al Diablo. El hombre siempre comete violencias por el miedo. El efecto del miedo está íntimamente relacionado con el fanatismo y la intolerancia. El fanático ve siempre al Diablo fuerte y poderoso: cree en el Diablo más que en Dios.

Contra el poder del Diablo se instituyen la Inquisición, el Comité de Salud Pública y la Checa. El fanático no conoce más que una idea, pero no conoce al hombre. No le conoce ni aun en el momento mismo de luchar en favor de la idea del hombre". Contra este miedo al Diablo ha luchado sin descanso Alfonso Reyes en América, como otrora luchó Rodó, el de Ariel. La cultura es el hombre, la vida, el alma, y su causa no pertenece a ninguna de las banderías que se disputan la exclusividad de la verdad y blanden consigna implacable. Cultura es totalidad, síntesis. Y el devenir gira y las estrellas impasibles cumplen su ruta... "Muy endeble sería la cultura —asienta Alvaro Fernández Suárez, el claro pensador hispano— si no resistiese una oleada pasajera de las masas lanzadas, por impulso de su instinto hacia un futuro necesario". Ni los libros —los millones y millones de libros escritos— ni las teorías, ni las doctrinas, después de todo, son la cultura. ¡Bien puede perecer todo ello! Omar, el de la tea alejandrina, dejó hijos, y éstos andan por ahí y por aquí, empujados por el odio y la intransigencia, y consumirán su cometido destructor —destructor y, a la vez, creador. En la Alemania del racismo ario y en la Inglaterra de los puritanos hay verdugos a sueldo del Estado que se ocupan de formar hogueras en las cuales arden los libros prohibidos. Y la cultura no muere por eso: ¡qué ha de morir si su suerte está insertada en la finalidad misma del hombre!

¿Y América? La demagogia de América lleva emborronadas millones de páginas y su exégesis —demagogia de demagogia— pudo parecer, por momentos, mera locución hilarante de papagayos, vocingleros papagayos tropicales. A fines del setecientos arribó a Nueva España Humboldt, el más genial de los viajeros que han tocado tierra americana y uno de los más extraordinarios espíritus de su tiempo. De su visita —traducida en el soberano *Ensayo político sobre Nueva España*, que circuló profusamente en la Europa, ni más ni menos que como un mensaje— arranca la noción del hecho americano que año tras año agravábase, más y más, a través de los incidentes de

una historia profundamente impregnada de provincialismo, de ese típico aire demagógico. Sociólogos hueros e hinchados indigestáronse con la lección del prusiano y cayó, del Plata al Río grande, como una manga de sumbadores mosquitos, la legión de los escribas, los fariseos y los oportunistas a parlotear sin ton ni son de esta jadeante monserga americana. A su sombra mixtificáronse sin pudor los más respetables movimientos europeos, y minuto hubo —¡qué minuto aquél!— en que el campanario boquiabierto y estólido rindió culto a la versión palúdica de Nietzsche vociferada por Vargas Vila, un energúmeno que sabía su cuento y sembró al pobre Continente de su banal quincallería de tropos. Por contra, almas verdaderamente inspiradas trataban, a la desesperada, de tirar hacia arriba y fincar responsabilidad y decoro en la atrabiliaria anarquía de la demagogia: Rodó, Martí, Darío; austeros capitanes del espíritu en América. La esbelta labor se redondeó merced a la viva, apasionada, acre diatriba de quienes, como Hostos en su isla y Bulnes en su meseta —la del Anáhuac que unos años después cantaría Alfonso Reyes— sacaron a lavar los trapos sucios de América a la calle y sin piedad, implacables, hicieron escarnio del populacho de sabihondos y poetastros, caudillejos de montonera e ignaras razas tropicales hundidas en la anfructuosidad de la malaria, el hambre y la abyección. ¡Continente cretino! gritó por ahí un español desesperanzado; continente sin contenido, noche primaria del totem pavoroso, el miedo y el horror... Puesto que había inconformidad y pesimismo —prisa e ilusión fracasadas— no todo estaba perdido. Y en efecto, dos voces disímbolas anunciaron un nuevo cariz —francamente universal— de América: la de Vasconcelos, clamorosa, con su Raza Cósmica, hecha de pura entraña humboldtiana, tórrida, amazónica, y la de Alfonso Reyes, armoniosamente sintética como todo lo suyo.

¡La hora de América! ¿Cuál es esa hora en su verdadera dimensión, allende la manida grito de los propios americanos? ¿Cuál su significado dentro de la historia del hombre? ¿Existe, siquiera?

¿Existirá? En su *Discurso por Virgilio* —clásico pretexto de Alfonso Reyes para llamar al corazón de México y de América— se adelanta: “Hora de América, porque apenas va llegando América a igualar con su dimensión cultural el cuadro de la civilización en que Europa la metió de repente”. ¿No es este, acaso, el perfil de una superior anunciación? América es responsabilidad. Se trata, es verdad, de alcanzar niveles: el caudal del río padre se extenua y habrá de prolongar sus aguas en el otro que nació de él y vive a sus expensas. Emergerá América a la sobrehaz de su destino universal —a su fatal historia civilizada— en razón de la eficacia del tirón hacia arriba, siempre hacia arriba, de sus mejores ansias. No se hunde un mundo ni perece una cultura; desplázanse, simplemente, y renuevan su vigor en la tierra más propicia que se ofrece a su apuro en el instante mismo de su trasplante. La política americana inspirada será la que se esfuerce por hacer propicios el suelo y el aire de América para la mudanza trascendental: y esa será la hora de América. La consigna de Reyes, elocuente y sencilla, señala tamaña índole de la responsabilidad americana: “Consiste nuestro ideal político en igualar hacia arriba, no hacia abajo”. Abajo están la noche, la anarquía, los odios virulentos del campanario, el hambre, la malaria, la montonera, la laocracia, las oscuras concupiscencias, el horror primordial, la mixtificación, el fraude, el oportunismo, las rampantes políticas locales, el totem de la sangre, el hinchado parloteo de los demagogos, la indiferencia: el mundo de las larvas, en fin, el mundo de las sombras, la tiniebla americana. La voz anunciadora dice: “En el crisol de la historia se prepara para América una herencia incalculable. Pero será a condición de vivir alerta, de aprovechar y guardar todas las conquistas y de no tomar partido prematuramente. Vale la pena de ser cautos. Está en juego un alto interés humano y no una mezquina ambición. Lo que ha de salir no será oriental ni occidental, sino amplia y totalmente humano. De nosotros, de nuestros sucesores más bien, dependerá el que ello, por comodidad de expre-

sión, pueda llamarse, en la historia: *americano*. Saber esperar es lo que importa”.

Así como el judío oraba, en la víspera de la Pascua, su hágada, eleva Alfonso Reyes en el *Discurso por Virgilio* hágada americana, plegaria en la víspera de la gran Pascua de América. Y no por un azar el mensaje ampárase bajo la mediterránea advocación de Virgilio y Eneas, y no es casual el hecho de que esta anunciación del destino americano coincida con el segundo milenario del príncipe de los poetas latinos, sino que anda en todo ello una apasionada conciencia de la hora. Eneas fue el fundador de una estirpe —y somos, en cierto modo, sus remotos herederos— y Virgilio celebró el magno acontecimiento, dos mil años hace, erigiendo zócalo solemne a la universalidad de Roma. ¡También América quiere nacer! Virgilio es el profeta de los patrios destinos. Su numen caldeó la inspiración de Dante Alighieri, en el exergo de la Edad Media, cuando el florentino divino sentíase poseso de la premonición italiana y medioeval. Con razón dice Reyes, dos milenios después: “Allí aprendemos que las naciones se fundan con duelos y naufragios, y a veces, desoyendo el llanto de Dido y pisando el propio corazón . . .” Virgilio y Ariel: he ahí dos óptimos polos de una revolución creadora y americana. Ariel el de Próspero el mago, el de Shakespeare, hace ya cerca de cincuenta años que arribó de su isla a esta banda del planeta, viajero del efusivo mensaje de Rodó, y en ella se quedó a sus anchas, peleando con Calibán que casi siempre lo ha vencido en nuestras patrias, pero al que acabará por vencer Ariel, porque lo vencerá, lo vencerá . . . “Saber esperar es lo que importa . . .” Ariel es el símbolo del ideal americano que quiere patria y no cuartel ni selva. A través de Alfonso Reyes cólmase de inusitada eficacia espiritual; no es bandera de política inmediata —iba a decir militante— como en Vasconcelos. Apolo definidor y organizador sabe que el canto que mana de la gozosa disciplina posee, a la larga, poderes tan hondos de redención como el evangelio de Buda o Cristo. La hora es de

lucha: Ariel, el batallador, sea campeón de América y el Arielismo doctrina política americana, única doctrina política americana y único partido digno de reclamar la devoción, la fe y la esperanza. Tras la subterránea gestación de las raíces vendrá la flor. Es justo. Mientras tanto, sea la sacra premonición lábaro. Y grillete y cárcel y delirio. No hay amor más puro que éste de los grandes adelantados por el futuro, el necesario futuro del ibero Fernández Suárez. Contra los fanatismos y las feroces y parciales intransigencias: América total y orbica, arca de las cuatro razas de la Biblia —todas santas, grandes e inspiradas— y foro ecuménico de un grave ejercicio humano. A través del son de las liras y el fragor de las armas y el humo de los incensarios, la historia —sobrehaz de la vida— gira, gira. Con voz misteriosa y ritual lo dijo Darío:

... Por César y Orfeo nuestro planeta gira,
y hay sobre la tierra que llevar en la mano,
dominadora siempre, o la espada o la lira.

César y Orfeo . . . El canto de Orfeo, la hágada. ¡Y siga sonando la lira órfica de Alfonso Reyes!

Mauricio MAGDALENO.

El Universal, México, 16 Dic. 1937,

a 4 de Enero 1938.

ALFONSO REYES

En la época en que Alfonso Reyes vivía en Madrid, —se dedicaba casi exclusivamente a la literatura desinteresada y al periodismo activo—, el mundo ofrecía aún al espectador la ilusión de que se esforzaba en realizar sus esperanzas antiguas. Y esas esperanzas eran recientes. Sembrados y concretados en algunas fórmulas en las postrimerías del siglo XIX y en los comienzos de este siglo, parecían destinadas a cuajarse en una realidad posible. Ciertamente, ese mundo efímero se traslucía a través de hechos incongruentes, de problemas contradictorios, de fenómenos agudos. Pero se percibía en su conjunto indeciso algo que permitía mantener la fe en una próxima unidad moral del hombre, inclinado teóricamente hacia un perfeccionamiento general.

Alfonso Reyes nos da en sus ensayos sobre esos problemas aislados o esos acontecimientos, una visión panorámica. Su examen de hechos o de ideas nos facilita la labor de clasificación histórica y ordena con sus juicios lo que sabíamos en forma disgregada o estaba en nuestro espíritu más como una sensación que como un conocimiento. Desde este punto de vista, así como desde un punto de vista más trascendental, este libro suyo, compuesto de retazos, según lo exige la diversidad y el carácter de los asuntos que expone o analiza, no está sujeto a condiciones rigurosas de tiempo. Sus páginas no representan el reflejo de una actualidad fenecida y sumergida en una especie de arqueología literaria o periódica. Se desprende de estos trabajos, que conservan el calor de las jornadas en que se forjaron y encierran la temperatura apremiante de su momento, una lección que sobrevive todavía y nos ayuda a medir y a valorar los sucesos **ulteriores**.

Y es porque Alfonso Reyes, escritor o periodista, observa la vida con un criterio perdurable de historia y no con un sentido simplemente objetivo de crónica.